

# "¡MISER NATURA...!"

*«Ene txoriño maitea,  
orren ixilik zer dezu?,  
zer naigabe latz-illunak  
ikaraz ipini zaitu?...»*

(Emeterio Arrese).

## **En homenaje a D. Indalecio de Ojanguren y Arrillaga.**

*SU DISCÍPULO.*

Cuando el verano se declina y la luz del día cada vez se hace más corta, las altas cumbres se nos han quedado vedadas, y recorreremos las humildes pero bellas y acogedoras cimas que circundan nuestros lares, las cuales en la primavera de nuestra juventud nos abrieron el sendero de la felicidad al enseñarnos la grandeza que encierran las alturas.

Al volver a recorrer las modestas cumbres, vuela mi pensamiento, ora en planes futuros altamontañistas, ora en el presente sobre el paisaje amado que desde la cuna me rodea, ora añorando en las grandes ascensiones del pasado. Sí, el pasado; qué curioso es el pasado, los sufrimientos se disipan en el olvido y solamente las horas felices reviven en nuestras mentes. El jugo que sacamos a las ascensiones de alta montaña son recuerdos de aventuras que ni los años pueden borrar, pero nuestra baja montaña, es la que nos hace meditar e inspirar mejor, en una palabra es como dijo nuestro gran montañero L. Peña Basurto «REFUGIO Y ESCUELA DEL ESPIRITU».

Así, una mañana de otoño que la escarcha cubría los campos con su color plateado, subía en solitario con lentitud una pendiente, bajo mis pisadas la escarcha sonaba como a los finos vidrios que se quebrantan, de cuando en cuando, me detenía para contemplar la mar de nubes que iba dejando a mis es-

paldas y envolvía a mi «txoko» con su masa algodonosa, por encima de ella emergían cual islotes las montañas tachonadas por caseríos con aspecto de forcaces que posaron su vuelo; aquel espectáculo me era familiar, pero entonces como otras veces contemplé con deleite lleno de encanto y dulzura.

Me introducí por un frondoso bosque cuya belleza desde muy niño me atraía por su arbolado heterogéneo, sin hacer caso del sendero, caminé errante entregándome en profundo aletargamiento hasta que de pronto me desperté al divisar por un claro del bosque cómo los rayos solares hacen disipar la niebla que, tratando de hallar algo huía hacia las alturas. ¡Qué contraste de luces!, ¡qué maravilla! Eibar lucía sus galas en toda su lozanía, la paleta del gran Zuloaga no pudo igualar el colorido de aquel pueblo donde por primera vez vió la luz, no pudo imitar al pincel con que el Creador dió vida.

Me senté sobre la raíz de una robusta haya que sale a flor de tierra, mientras contemplaba la espumosa niebla desaparecer. De la copa de un árbol, me llegaban las agudas y vibrantes notas de un meloso gorjeo de algún petirrojo que con suavidad rasgaba aquel profundo silencio, su melodía llena de encanto, perforaba no con menos suavidad mis oídos, por unos momentos quedé fascinado por aquella sinfonía compuesta por la madre Natura. El pajarito,

desde lo más alto de la copa de un árbol con vivaces y juguetones movimientos, ejecutaba su canto a la luz solar que venía a suavizar el frío de aquella mañana de otoño, sus sonidos volaban por el ramaje arbóreo para confundirse con los de otros pájaros, formando en conjunto una orquesta sin igual. ¡BEETHOVEN, WAGNER, SCHUBERT!, célebres compositores, dentro de vuestra grandeza de hombres, tampoco pudisteis superar la Naturaleza de Dios.

¡Pájaros de nuestras montañas, que cantais al paisaje y al sol! ¿No fuisteis acaso los que disteis vida al alegre «TXISTU» de nuestros pastores, que ya los romanos llamaron «tibias vascas»?

Digamos con TOUSSENEL que el pájaro es, después del hombre, la única criatura que puede dar gracias al Supremo Hacedor por haberle concedido el don de cantar.

Estaba embelesado en solitario auditorio, cuando sonó una fuerte detonación a mi espalda y aquel pobre pájaro cayó inerte a pocos metros de mis pies, apareció un caza-

dor con aire triunfador y cara risueña a recoger aquella indefensa avecilla que yacía en el suelo, sin duda el instrumento musical más encantador, cuyas cuerdas fueron partidas por el plomo. En aquel momento no supe a qué atenerme, pensé darle una reprensión por aquella inhumana acción, pero, ¿para qué?, ¿no estaría él legalizado para cazar?, decidí dar la espalda con gesto de desprecio y alejarme del lugar de aquel acto tan cruel.

Ya no voy por los regatos murmuradores de Ibur y Aixola, porque el mortal cianuro hizo exterminar los pececillos que adornaban sus aguas y recreaban mis ojos, ya no oigo en el bosque al petirrojo y ruiñeñor, no hay música, solamente percibo en la lejanía un «chasquido» seco que noto su aproximación de un tiempo acá, y un día observé que era el hacha del leñador que viene tafando el bosque.

¡Desgraciada Naturaleza...!

JUAN SAN MARTIN

Del C. D. Etibar

y Grupo de Ciencias Naturales «Aranzadi».

